

Cuadernos del Cege

BILY LÓPEZ GONZÁLEZ

*El papel del mal y la violencia
en la conformación de la cultura*



Centro de Estudios Genealógicos

*El papel del mal y la violencia
en la
conformación de la cultura*

Cuadernos de trabajo

2

CENTRO DE ESTUDIOS GENEALÓGICOS, A. C.
Coordinación General de Publicaciones

PROGRAMA DE INVESTIGACIÓN ETM002

Genealogía de la violencia

BILY LÓPEZ GONZÁLEZ

**EL PAPEL DEL MAL Y LA VIOLENCIA
EN LA
CONFORMACIÓN DE LA CULTURA**



Centro de Estudios Genealógicos, A.C.

2009

Diseño de la cubierta y cuidado de la edición:
Rafael A. Gómez Choreño

Primera edición: 2009

D. R. © Bily López González

D. R. © Centro de Estudios Genealógicos para la Investigación de
la Cultura en México y América Latina, A. C.

Providencia 1218-4, Colonia del Valle, Benito Juárez, 03100,
México, D. F.

www.estudiosgenealogicos.com

ISBN (En trámite)

Hecho en México

El papel del mal y la violencia en la conformación de la cultura

Bily López González

Cantando y bailando manifiéstase el ser humano como miembro de una comunidad superior más ideal: ha desaprendido a andar y a hablar.

Nietzsche

ANDAR Y DES-ANDAR UN CAMINO implica siempre verter y re-vertir las alegrías y las vicisitudes que lo conforman, implica también una confrontación con aquello que nosotros mismos somos, invertir, retorcer y doblar nuestras estructuras. En este sádico y lúdico proceso que implica el cubrimiento, des-cubrimiento y re-cubrimiento de senderos, se nos va la vida, este acto es ya la vida misma. Andar es, sin duda, penoso, pero des-andar implica des-articular lo que hemos articulado, des-unir lo que sinuosa y pacientemente hemos unido. Parecería que des-andar es también des-hacer, que des-andar-nos significa des-hacer-nos, y no es así. Des-andar un camino no es sino una forma más de seguirlo construyendo, de conservar su mismidad alterando su identidad; des-andar es perpetrar en los sentidos y significados que nos constituyen para ver cómo nos han hecho, para, si es necesario, re-hacernos des-haciendo-nos. En este sentido, estas reflexiones intentan des-andar un camino por todos bien conocido, es un intento por des-valorar lo valorado para poder re-valorarlo.

La violencia es un fenómeno que aparece cotidianamente en nuestra vida, pero que a últimas fechas pareciera que nos insta a pensarlo con mayor detenimiento. En este ensayo intentaremos abordar este fenómeno en la generalidad de su conceptualización y, simultáneamente, en la especificidad de su aparición como un fenómeno que parece acrecentarse con rapidez vertiginosa en el ámbito de lo político, estético y moral de la sociedad.¹ Las preguntas principales son: ¿cómo pensamos a la violencia?, ¿cuáles son los resultados de pensar a la violencia tal y como lo hacemos?, ¿hay alternativas para pensar a la violencia de otro modo? En particular, nos preguntamos aquí por la aparente pululación de la violencia dentro de nuestro complicadísimo y semiglobalizado mundo.

A partir del 11 de septiembre de 2001 —y pasando por alto ocupaciones, bloqueos económicos, usos y abusos de la política, y un sin fin de actos violentos— todos nos vimos urgidos a pensar, desde distintas perspectivas, el problema de la violencia. Algunos lo hicieron desde la estética, la política, la ética, e incluso la historia; todos, sin excepción que valga la pena nombrar, condenamos este hecho en la totalidad de las partes que lo conformaron. Sin embargo, a tres años ya del inicio del “conflicto”, la violencia continúa, violencia institucionalizada, legitimada, violencia cruenta que parece no tener fin y que parece, más bien, acrecentarse.

No hablaremos aquí de derechos humanos, tampoco de los sufrimientos inflingidos a las víctimas de los atentados, o de las torturas inefables a los prisioneros de guerra, es más, ni siquiera de los abusos éticos, políticos y estéticos sobre cualquiera que esté inmiscuido en este asunto. No se trata, pues, de dignidad o derechos humanos —categorías históricas de dudosa

¹ No nos detendremos a reflexionar en la especificidad de la violencia en fenómenos sociales como los robos, los asesinatos, etc., pues las causas de estas apariciones de la violencia obedecen a una amplia gama de motivos que merecerían un ensayo aparte.

reputación. Trataremos aquí a la violencia y el papel que juega en la formación de toda cultura, para de esta forma re-pensar esta categoría y las categorías que utilizamos para pensarla.

En el principio fue la violencia —de la violencia en general y la violencia humana.

Debemos hacer una distinción categorial antes de iniciar nuestro análisis. En primer lugar, debemos distinguir entre “violencia en general” y “violencia humana”.

En cuanto a la “violencia humana”, que si bien para hablar de ella bastaría con hacer una descripción cotidiana de nuestro mundo, en cualquier nivel —robos, asesinatos, violaciones, gritos, judíos, rusos, iraquíes o estadounidenses—, siempre es necesario recurrir a fuentes teóricas sustentables que den fuerza a nuestro discurso. Echando la mirada hacia atrás, en la historia de las teorías políticas sobre la conformación de la sociedad, podemos encontrar que, por ejemplo, en todos los contratos sociales —Locke, Rousseau, Hobbes, etc.— está presente la caracterización del Hombre como un hombre esencialmente violento cuyas pasiones deben ser refrenadas, reprimidas o controladas, para la venturosa formación —y, posteriormente, para el también venturoso desarrollo— de la sociedad. En todo pensamiento fundacional, es decir, en todos aquellos pensadores cuyas teorías poseen la universalidad suficiente para seguir teniendo actualidad a pesar del paso del tiempo y que, por ello mismo, siguen siendo manantiales a los cuales podemos regresar a beber una y otra vez, encontramos relevantes consideraciones sobre el carácter violento del hombre. Pensemos, por ejemplo, en el capítulo IV de la *Fenomenología del espíritu* de Hegel, el pasaje del amo y el esclavo, en donde se nos señala al fenómeno del reconocimiento como base de toda sociedad y, en este sentido,

para la conformación de todo Estado; en él se establece la lucha a muerte entre autoconciencias para lograr el dominio de una sobre la otra; según Hegel, en el principio de toda sociedad está la violencia, que se legaliza mediante el reconocimiento.² Y ejemplos de estos sobran en la historia del pensamiento de Occidente, lo que cabe retomar de estos pensamientos es la incidencia que hacen sobre el carácter esencialmente violento del hombre.

Ahora bien, hablando de la “violencia en general”, si pensamos a la violencia como “la fuerza ejercida sobre cualquier fenómeno, que actúa como agente para cambiar un estado de cosas anterior”, la violencia deja aparecerse ante nosotros como un monstruoso fenómeno, de fauces permanentemente abiertas e insaciables, que todo lo devora; llámese como se llame: agresión, asesinato, leyes, instituciones, perjuicios, terrorismo, guerra o, más absurdamente, guerra preventiva. Si aceptamos que el tiempo y el cambio van de la mano —más allá de inmiscuirnos en el debate metafísico de si el tiempo existe porque percibimos el cambio o si el cambio es posible porque existe el tiempo—, y que, en general, la vida consiste en un devenir constante, debemos aceptar que la violencia es la condición de posibilidad del cambio. Es decir, la violencia, en general, es un impulso que provoca una alteración a un determinado estado de cosas y que, por consiguiente, las cambia.

En este sentido, la “violencia en general” nos ayuda a comprender de otra manera la “violencia humana”. Si pensamos a la “violencia humana” como un impulso que altera un estado de cosas previo, todo acto humano es un acto violento por excelencia. Caminar, comer, dormir, escribir, incluso hablar con alguien, pueden ser entendidos como actividades que irrumpen dentro de un orden, alterándolo y modificándolo de alguna

² Cf. Hegel, G. W. F., *Fenomenología del Espíritu*. México, FCE, 1999, capítulo IV.

manera, aunque sea mínimamente (pensemos, inclusive, en la profunda violencia que entraña la mirada del otro, del que nos mira, del que nos escruta, nos interroga y nos juzga, poniendo en cuestión nuestro ser con el solo hecho de mirarnos). Sin embargo, no podemos ser tan ingenuos como para pensar bajo una misma categoría actos violentos de índole e impacto tan diversos como lo son, por ejemplo, mirar a alguien o golpear a alguien.

La violencia humana posee una característica peculiar en la que debemos hacer hincapié si es que queremos llegar a pensarla de manera diferente —y aquí, propiamente dicho, es donde empezamos a des-andar nuestro camino. La cultura de Occidente posee sentidos en los cuales nos movemos y a los cuales debemos interrogar si es que queremos extraer de ellos elementos que nos permitan cambiar nuestro actual estado de cosas. Preguntemos, pues, ¿por qué nuestra cultura considera como un acto violento el golpear y no el caminar?, ¿por qué consideramos violento un ataque al Centro Mundial de Comercio y no la firma de un Tratado de Libre Comercio?, ¿por qué se habla de violencia intrafamiliar y no de la violencia a la individualidad que implica una familia?

La violencia humana posee la característica de ser considerada como tal porque va en contrasentido con los ideales implantados por una cultura. Lo violento en la violencia humana ha perdido su fundamento y olvida que desde el momento en el que se constituye una comunidad humana, y en particular desde el momento en que se constituye un Estado, con un aparato de gobierno, aparece el fenómeno de la violencia, ejercida por los que detentan o *legítimamente* poseen el poder. En la implantación de todo régimen, el poder es pura y simplemente —visto desde la situación o el orden anterior de un estado de cosas— violencia. Sin embargo, una vez establecido, el régimen se autolegitima, y con ello la violencia elemental,

primaria, esa “violencia humana” que podemos entender desde la “violencia en general”, deja de ejercerse de manera oficial, se pierde en el olvido y el poder legitimado se considera purificado de violencia, lo cual no significa que desaparezca en realidad, sino que ahora esta violencia legitimada aparece cotidianamente como un mecanismo que actúa en defensa del orden público, como *enforcement* de la Ley.³ Así, pues, la característica principal de la violencia humana es que aparece dentro de un marco de legalidad que condena o permite que ciertos actos sean condenados como violentos, olvidando o ignorando que el patrón de medida de esta legalidad es, en su fundamento último, violencia.

Una violencia “malvada”

La violencia pensada como violencia humana, aun asumiendo todos los presupuestos que hemos expuesto, no deja de ser inconveniente, es decir, que aun pensando que la diferencia entre ser mirado y ser golpeado es una diferencia de grado y no de esencia, no deja de ser “peor” recibir un golpe que una mirada lasciva, por ejemplo; no deja de ser “peor” una bomba que una marcha. Y es justamente en este “peor” en donde podemos encontrar otro elemento para analizar a la violencia: la violencia es valorada, y es valorada esencialmente como algo malo o, mejor, como algo malvado.⁴

³ Cf. José Luis Aranguren, “Sobre la evitabilidad o inevitabilidad de la violencia”, en *El futuro de la Universidad y otras polémicas*. Madrid, Taurus, 1973, p. 144. Pensemos, por ejemplo, en la conocida tesis de Max Weber que afirma que el Estado es el monopolio de la violencia legitimada.

⁴ Cf. Friedrich Nietzsche, *La genealogía de la moral*. Madrid, Alianza, 2000, tratado primero. La distinción entre malo y malvado la realiza Nietzsche con el fin de distinguir la génesis de los valores morales y concluir que, en el fondo, la valoración malvado no es sino una inversión de otros valores previos.

Sin sustraer el hecho de que las valoraciones que se dan al interior de una cultura, cualquiera que ésta sea, son el resultado de un devenir histórico y difieren de cultura a cultura, es decir, que son valores que no necesariamente tienen una validez universal, podemos decir que lo malvado es aquello que se contrapone a lo que comúnmente se entiende como bueno. Y si tomamos en cuenta que, como hemos visto, lo bueno es aquello que se establece mediante la legalización o legitimación de un régimen, podemos pensar claramente que la violencia *es entendida* como todo acto que va en contra de lo que se ha establecido como bueno. La violencia es, por tanto, malvada.

Y esto es un gran problema, pues juzgamos lo violento como malvado y nos olvidamos de que lo que juzgamos como bueno es también, en el fondo, violento. Este olvido es el que en la actualidad provoca que pulule la violencia⁵ en manifestaciones tan abruptas.

Nuestra época no es más ni menos violenta que otras anteriores,⁶ sólo que ahora está cobrando una nueva dimensión. El problema con la violencia, en la actualidad, es nuestro modo de pensarla. De nuestro modo de pensar y entender un fenómeno, cualquiera que este sea, depende la actitud que tengamos frente a él. De nuestro modo de pensar la violencia depende la actitud que tomamos frente a ella. Es decir, si pensamos a la violencia como algo malo, condenable, digno de castigo, así, llanamente, nuestra actitud frente a ella será de desprecio, de condena, así, llanamente también. Esta perspectiva está evidentemente alejada de un análisis crítico respecto de ella. Más allá de querer entrar en un agotado debate de si la violencia se combate con violencia, o no, lo que intentamos aquí es incidir sobre las evidentes consecuencias que tiene el pensar a la violencia tal

⁵ Entendida desde el sentido común.

⁶ Esta afirmación será tratada con mayor detalle en el apartado siguiente.

y como se piensa en la actualidad. La violencia, tal y como la conocemos, se nos aparece como tal porque así nos lo permite la constitución de nuestra cultura.

Si dentro del marco de una comunidad cada vez más vinculada entre sí, al menos en lo que se refiere al papel que juegan los medios de comunicación en la difusión de noticias, se considera a la violencia⁷ como algo condenable, una noticia sobre un acto violento de grandes magnitudes circulará de inmediato y generará grandes expectativas. Los ejemplos sobran. Esta masificación de la información es el vehículo perfecto para la violencia de la actualidad. Incluso dejando de lado todos los problemas que existen al interior de la industria de la comunicación —la manipulación de imágenes, el control de la información, la proyección a una masa que en su mayoría carece de elementos críticos para analizarla, etc.—, que sirven a los intereses del régimen, podemos ver un claro resultado de la combinación violencia-maldad-masificación de la información: lo malvado, lo violento, por atentar contra lo bueno, será conocido, en forma de condena, en todo el mundo. Si en la actualidad alguien quiere ser “noticia” basta con un acto radical de violencia para que su nombre, en cuestión de minutos, circule por todo el mundo.⁸

El estatuto que cobra la violencia provoca, pues, que para los grupos de izquierda y derecha, indistintamente, ella se antoje como medida “efectiva” para manifestarse; y el resultado es un escándalo generalizado por la manera en que, en general, la pensamos. Es decir, escandaliza, pero lo hace porque no la pensamos desde su fundamento.

⁷ Una vez más, entendida desde el sentido común.

⁸ Pensemos, por ejemplo, en Lee Kyung Hae, el campesino japonés que se suicidó en Cancún, en 2003, frente a la sede de la reunión de la OMC. Miles de personas mueren a diario de hambre, de enfermedades, o incluso se suicidan, pero no lo sabemos porque no lo hacen frente a las cámaras de televisión en un acto de supremacía estética.

Re-pensar la violencia, des-hacerla, re-hacerla

Re-conocer algo, en el doble sentido al que nos remite esta palabra, es decir, en el sentido de asumir y volver a conocer ese algo, es un proceso que implica necesariamente volver a pensar y volver a acercarnos a ese algo; para volver al inicio de este trabajo, digamos que re-conocer implica un des-andar.

Para re-conocer la violencia no podemos emprender nuestro viaje de regreso montados en un *tour* con pretensiones de encontrar un origen palpable en la historia —incluso los supuestos “estados de naturaleza” originarios planteados en los contratos sociales son tan sólo hipótesis regulativas para explicar el funcionamiento de las sociedades. Pensar la génesis de un concepto no significa necesariamente buscar historiográficamente los vestigios o las ruinas del mismo; a lo mucho, la historiografía y la historia nos pueden servir como herramientas para encontrar pistas sobre los sentidos que ese concepto tiene y ha tenido —nada deleznable. De esta forma, pensar el origen o la génesis de la violencia —des-andarla— no significa necesariamente buscar hechos materiales registrados en la historia referentes a la misma, sino navegar en los significados que la circundan y en los sentidos que genera.

En este breve des-andar hemos des-cubierto una posible estructura de la violencia tal y como se presenta en la actualidad. En primer lugar definimos a la violencia como un modo de ser del mundo en general; en segundo, la descubrimos como un modo de ser del ser del hombre; en tercero, resaltamos cómo es que su carácter institucional legaliza un cierto tipo de violencia, lo cual genera una reacción específica de la sociedad en que se presente.

Las consecuencias de este modo de ser de la violencia son varias, pero centrémonos en la que nos parece más peligrosa. Si la violencia aparece como un fenómeno “denunciable”,

entre más violento sea un acto, más denunciante será. Si a esto le sumamos el fenómeno estético que implica la violencia, el “bello horror”⁹ que trae consigo, el resultado será una peligrosa proliferación de los actos violentos como actos de protesta.¹⁰ Es decir, que la violencia, tal y como se nos aparece, y tomando en cuenta los elementos a los que se suma —el poder, la moral, la estética, y la masificación de los medios de comunicación—, puede provocar, ahora sí, un aumento de la misma.

El mundo, decíamos atrás, no es más ni menos violento de lo que era anteriormente, siempre ha habido guerras, guerrillas, conflictos insuperables que han estado ahí, conflictos políticos y medidas económicas que no se han asumido como violentos sino hasta que llegan las armas, etc. El peligro ahora es que si no dejamos de pensar a la violencia de manera superficial, si no dejamos de valorarla como malvada sino hasta que aparece un herido, entonces la violencia podrá seguir sirviendo a los intereses políticos de cualquiera, incluso podrá llevarnos a justificar acciones tan retrógradas como una “guerra preventiva”, pues, si alguien es violento, se debe castigar (y es mejor prevenir que lamentar).

Si pensamos, por el contrario, que todo acto es un acto violento por excelencia, y si asumimos la violencia implícita que tiene toda medida de un gobierno, entonces podremos cuestionar la legalidad de este otro tipo de violencia. Si rebasamos la valoración moral de la violencia como malvada y la asumimos como parte de la vida misma, entonces podremos, verdaderamente, prevenir sus manifestaciones abruptas dentro de un marco cultural que les favorezca. Es decir, que si pensamos

⁹ Cf. Walter Benjamin, *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*. México, Itaca, 2003, “epílogo”.

¹⁰ Recordemos a Jean Baudrillard: “el de Nueva York ha sido el acto aerostático más bello de la historia moderna [...] Fue una especie de júbilo prodigioso ver destruir esa superpotencia mundial e, incluso, fue como ver (a las torres) destruirse a sí mismas; se suicidan con gran belleza” (*La jornada*, 02 de octubre de 2001).

a la “violencia humana” como “violencia en general”, podremos asumir un compromiso de “violencia responsable” con la vida; de esta forma podríamos, quizá, bajar a la violencia del nicho tan peligroso en el que está en la actualidad, puesto que, si la violencia dejara de ser algo tan escandaloso, quizá nadie se tomaría la molestia de protestar o hacerse notar mediante ella. En la actualidad, la violencia se antoja como un medio efectivo para alcanzar ciertos fines, pues su manifestación se hace notar; de la radicalidad de su aparición dependen sus resultados, y aquella está en directa conexión con el medio en el que se presenta, es decir, con la forma en que la recibimos, es decir, con nuestra manera de pensarla. Inclusive, en la vida cotidiana, apartados de toda psicopatología que “origine” los comportamientos violentos, pensar a la violencia desde su fundamento último podría llegar a menguar sus apariciones abruptas, pues si seguimos pensando que “debemos” ser “pacíficos”, la violencia¹¹ se nos aparece como el umbral de la transgresión, como lo prohibido, aquello hacia lo que todos tendemos.

No se trata de ser violento, en el sentido que ahora tiene la expresión, sino de cuestionar a la violencia para asumirla y ejercerla de maneras más favorables para todos, quizá de esta forma los combates puedan pasar de las trincheras a los diálogos efectivos entre las sociedades.

No se trata de seguir pensando que la violencia es mala, y que hay que terminar con ella, ella está ahí y va a seguir manifestándose como el síntoma de atrofas o hipertofias mayúsculas al interior de las sociedades. De lo que se trata es de desarticular los mecanismos que permiten que la violencia se siga manifestando como en los últimos tiempos, pues estas manifestaciones son, más que malvadas o atroces, francamente inconvenientes.

¹¹ Una vez más, desde el sentido común.

Bibliografía

ARANGUREN, José Luis, “Sobre la evitabilidad o inevitabilidad de la violencia”, en *El futuro de la Universidad y otras polémicas*. Madrid, Taurus, 1973.

BENJAMIN, Walter, *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*. México, Itaca, 2003.

HEGEL, G. W. F., *Fenomenología del espíritu*. México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

NIETZSCHE, Friedrich, *La genealogía de la moral*. Madrid, Alianza, 2000.

www.estudiosgealogicos.com



cege

COORDINACIÓN GENERAL
DE PUBLICACIONES

Proyectos Digitales